



El martirio en la Antigüedad cristiana

Parroquia de San Nicolás, 17-XI-2011

I. Introducción

II. Recorrido histórico

1. La persecución por parte del judaísmo
2. La persecución por parte del Imperio Romano
 - 2.1. Antecedentes
 - 2.2. Literatura anticristiana y respuesta de los apologistas
 - 2.2. Doctrina de Trajano sobre el trato debido a los cristianos
 - 2.3. Alternancia de persecución y tolerancia
 - 2.4. Las tres grandes persecuciones del Imperio contra la Iglesia
 - a) Decio (249-251)
 - b) Valeriano (253-260)
 - c) Diocleciano (284-305)

III. Espiritualidad martirial

IV. Literatura martirial

V. Culto a los mártires

VI. El núcleo del problema: ¿Por qué el cristianismo se hizo inadmisibile?

VII. Epílogo: textos para la reflexión

“Por tanto, puesto que el cristianismo se entendía a sí mismo como victoria de la desmitologización, como victoria del conocimiento y, con él, como victoria de la verdad, por esta misma razón el cristianismo tuvo que considerarse a sí mismo como universal y como destinado para todos los pueblos: no como una religión específica que desplaza a otras, no como una religión que se alza con una especie de imperialismo religioso, sino como la verdad que hace que la apariencia sea superflua. Y precisamente por este motivo el cristianismo tuvo que aparecer como intolerable ante la amplia tolerancia de los politeísmos; más aún, como hostil a la religión, como «ateísmo»: el cristianismo no admitía la relatividad de las imágenes ni que éstas fueran intercambiables y con ello perturbaba principalmente la utilidad política de las religiones y ponía así en peligro los fundamentos del Estado, ya que pretendía ser no una religión entre otras religiones, sino la victoria de la inteligencia que había triunfado sobre el mundo de las religiones” (Joseph RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia: El cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme, Salamanca 2006, p. 149).

“El totalitarismo nace de la negación de la verdad en sentido objetivo. Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio

seguro que garantice relaciones justas entre los hombres [...]. Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás. [...] La raíz del totalitarismo moderno hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y, precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social, ni la nación o el Estado. [...] La cultura y la praxis del totalitarismo comportan además la negación de la Iglesia. El Estado, o bien el partido, que cree poder realizar en la historia el bien absoluto y se erige por encima de todos los valores, no puede tolerar que se sostenga un criterio objetivo del bien y del mal, por encima de la voluntad de los gobernantes y que, en determinadas circunstancias, puede servir para juzgar su comportamiento. Esto explica por qué el totalitarismo trata de destruir la Iglesia o, al menos, someterla, convirtiéndola en instrumento del propio aparato ideológico. [...] Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana. [...] Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia” (JUAN PABLO II, *Centesimus Annus*, 44-46).

“Si ser relativista supone despreciar las categorías fijas y no hacer caso de los que se proclaman portadores de una verdad objetiva e imperecedera, entonces nada hay más relativista que las actitudes y la actividad del fascista. Del hecho de que todas las ideologías tengan igual valor y de que todas sean meras ficciones, el relativista moderno infiere que todo hombre tiene el derecho a crear por sí mismo su propia ideología y a intentar imponerla con toda la energía de que sea capaz” (Benito MUSSOLINI, *Relativismo e Fascismo*, “Diuturna”, Casa Editrice Imperia, Milano 1924, p. 377).

“Su obra más conocida, el *Apologético*, denuncia el comportamiento injusto de las autoridades políticas con respecto a la Iglesia; explica y defiende las enseñanzas y las costumbres de los cristianos; presenta las diferencias entre la nueva religión y las principales corrientes filosóficas de la época; manifiesta el triunfo del Espíritu, que opone a la violencia de los perseguidores la sangre, el sufrimiento y la paciencia de los mártires: «Aunque sea refinada -escribe el autor africano-, vuestra crueldad no sirve de nada; más aún, para nuestra comunidad constituye una invitación. Después de cada uno de vuestros golpes de hacha, nos hacemos más numerosos: la sangre de los cristianos es semilla eficaz (*semen est sanguis christianorum*)» (*Apologético* 50, 13). Al final el martirio y el sufrimiento por la verdad salen victoriosos, y son más eficaces que la crueldad y la violencia de los regímenes totalitarios” (BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 29-V-2007).

“La primera vez que confesé a Jesucristo fue cuando la persecución de Maximiano, tu abuelo [...]. Si quieres perseguirme también tú, estoy dispuesto a sufrirlo todo antes que hacer correr sangre inocente y traicionar la verdad, y no prestaré oído si sigues amenazándome de ese modo y por escrito. Cesa de escribirme amenazas y no apoyes las opiniones de Arrio [...]. Créeme, Constancio, ya soy viejo, podría ser tu abuelo. Deja de usar la fuerza y recuerda que eres hombre mortal; teme el día del juicio y consérvate puro hasta entonces. No te mezcles en cuestiones de la Iglesia; en este terreno no debes darnos órdenes, sino aprender de nosotros. A ti te ha dado Dios el Imperio, a nosotros nos ha confiado las cosas de la Iglesia y, así como el que quiere quitarte el poder se opone a la voluntad de Dios, así incurres tú en grave acusación si pretender entremeterte en los asuntos de la Iglesia [...]. Está escrito: *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21). Por tanto, ni a nosotros nos es lícito tener el Imperio en la tierra ni tú, emperador, tienes potestad en las cosas sagradas. Te digo esto porque me preocupo de tu salvación” (Carta de OSIO DE CÓRDOBA al emperador Constancio en ATANASIO, *Historia arianorum*, 44).